

Del "Lexico familiar" a la historia cultural

Las genealogías de mis temas de investigación

Flavia Fiorucci

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación en tareas de investigación? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores? ¿Tuvo maestros?

Mi formación inicial no fue en historia sino en Ciencias Políticas. Estudié con una beca en la Universidad de San Andrés. Ven-go del interior así que hice el pasaje de vivir en una ciudad chica a Buenos Aires a los 17 años. Hubo algo de esa transición que al haber concurrido a esa universidad lo hizo más natural. Pasaba de una ciudad de un tamaño reducido a una universidad también pequeña donde el trato y la cercanía con los profesores le daban cierto aire de escuela que para mi fue muy estimulante. Había una convivencia descontracturada entre profesores y alumnos que desdibujaba las jerarquías. La formación en la Universidad de San Andrés fue pensada al modo de los *Liberal Arts College* de Estados Unidos, por lo que debía cursar una serie de materias generales al inicio de la carrera, entre estas, asignaturas como matemática e historia. Con el correr de los años fui identificando que las materias que menos me gustaban eran las



Flavia Fiorucci

que se acercaban más a la ciencia política y aquellas que más me atraían se aproximaban a la historia. Observaba en la historia una capacidad, incluso para interrogarse sobre el presente, que no encontraba en la ciencia política. La disciplina histórica se me presentaba como un campo más amplio y plástico de preguntas y abordajes que la ciencia política.

Probablemente parte de esta visión tenga que ver con que me asomé a la ciencia política en un momento en que los análisis (a mi entender más rígidos y acotados) de teoría del juego e institucionalistas, ganaban terreno dentro de esa disciplina. Fue así que escribí mi tesina de licenciatura sobre un tema de historia: la revista *Sur* y el peronismo, tema que luego retomé más tarde en mi tesis doctoral. En ese trabajo me acompañó Eduardo Zimmermann, quien me enseñó cómo pensar una investigación original y me guió con paciencia y generosidad. En la escritura de ese trabajo me asomé por primera vez a lo que era el trabajo en el archivo y ya ahí pude sentir eso que Arlette Farge describió como la "atracción del archivo": ese entusiasmo que depara desempolvar viejos documentos y deshilvanar los hilos que nos permite

ordenar el pasado en un relato inteligible.¹ Luego realicé mi doctorado en Inglaterra. Eduardo Posada-Carbó fue un gran profesor quien me enseñó mucho del oficio. James Dunkerley fue mi director de tesis y me inculcó la importancia de una prosa clara. Trato siempre de honrar esa enseñanza. Luego de haber completado mi doctorado en Inglaterra y de regreso en Buenos Aires, mi inserción en el Centro de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes devino en una etapa crucial en mi formación. De cada uno de mis compañeros y compañeras he aprendido mucho y lo sigo haciendo. En ese espacio convivo con una forma de concebir la disciplina histórica muy hospitalaria al cruce de tradiciones y poco adepta a las fronteras disciplinarias rígidas. Tuve el privilegio de unirme al grupo cuando todavía lo integraba Oscar Terán, recuerdo con admiración sus intervenciones, su erudición y precisión. Carlos Altamirano también ha sido un guía generoso y siempre se aprende al escucharlo. Trabajar en la revista que editamos como parte de nuestro grupo (*Prismas Revista de Historia Intelectual*) es una experiencia muy enriquecedora por muchas cosas, pero sobre todo porque es una empresa colectiva.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones académicas de su país o extranjeras?

He vivido en varios países y soy una lectora muy ecléctica de la producción historiográfica internacional, obviamente he recibido muchas influencias. Esto no lo podría negar. No obstante, no he acogido como mi “hogar intelectual” ninguna escuela y/o corriente historiográfica. Por otro lado, creo que gran parte de mi agenda de investigación no se urdió en respuesta a grandes tradiciones epistemológicas sino con interrogantes que de algún modo permearon el léxico familiar,

¹ Arlette Farge, *La atracción del archivo*, (Edicions Alfonso el Magnànim, Valencia, 1991).

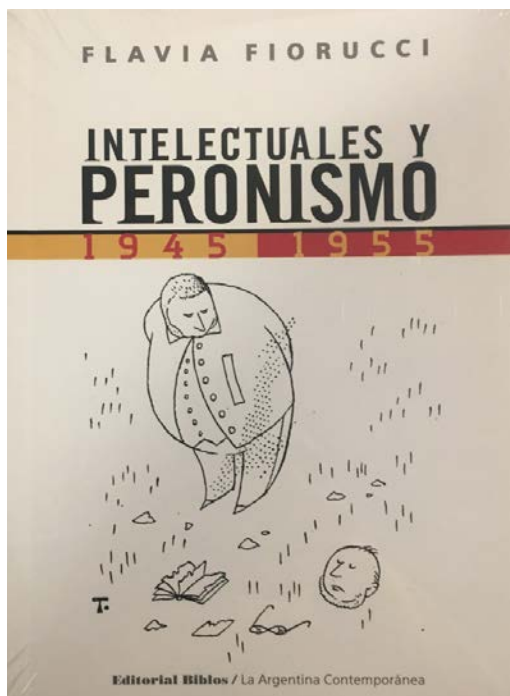
usando la expresión de Natalia Ginzburg.² Primero escribí e investigué sobre el peronismo. Varias veces escuché evocar a mi padre el conflicto de Perón con la iglesia refiriéndose a su hermana mayor monja, a la que había visto en ese momento “vestida por primera vez de civil”. Mi papá recordaba risueño, casi al borde de la carcajada, que su hermana parecía más monja “vestida de civil que con su hábito”, y que le aconsejaba que si quería pasar desapercibida, mejor volviera a su ropaje religioso. No llegué a conocer a mi tía monja pero esa imagen perduró guardada en algún anaquel de mi memoria. Mi mamá rememoró muchas veces que su abuela Juana (directora de una escuela nacida en 1901) había sido jubilada de oficio por negarse a contribuir con su sueldo al pago de las exequias de Evita. Juana había estudiado de maestra normal en Mar del Plata en una escuela normal popular y se había recibido en 1919. En 1930 se separó del marido y con su sueldo de maestra sostuvo a su familia. La anécdota familiar señalaba que privada de su salario Juana se ganó el pan, hasta que consiguió jubilarse, contrabandeando medias de nylon desde Uruguay. Algunas fotos de un viejo álbum muestran a mi bisabuela de guardapolvo junto a sus alumnos. Posa alegre y segura. Mi madre y mi tía también ejercieron varias décadas después de maestras. Mi mamá le dedicó mucha de su inagotable energía y entusiasmo a esa profesión. El normalismo, sobre todo el significado de este para las mujeres en Argentina, es ahora mi tema de investigación. Claramente estas memorias guiaron – de modos a veces inconscientes y otros más evidentes – la genealogía de mis agendas de investigación. ¿Qué había hecho que mis antepasados familiares no se adhieran al peronismo como sus vecinos y/o colegas? ¿Cómo se explicaban los gestos de mi abuela Juana? ¿Qué significado había tenido

² Natalia Ginzburg, *Léxico familiar*, (Penguin Random House Grupo Editorial, Buenos Aires, 2017).

para ella (una mujer nacida a principios del siglo XX) su paso por la escuela normal? ¿Era Juana una figura singular? No podría negar que el encuentro con la historia cultural fue crucial para convertir esos recuerdos desenhbrados, y los interrogantes que me fueron despertando, en proyectos de investigación.

En ese amplio campo podría nombrar algunos autores a los que suelo, sin mucha sistematicidad, volver a la hora de imaginar cómo sondear las fuentes, elaborar mis interrogantes y planificar mi investigación. Entre otros podría nombrar a Tony Judt y Stefan Collini cuando quiero pensar a figuras intelectuales; a Jonathan Rose, Roger

Chartier y a Robert Darnton cuando tengo que abordar los consumos culturales y la cultura del libro; a Natalie Zemon Davies cuando necesito reflexionar y/o reconstruir trayectorias biográficas y a Ben Eklof para investigar los modos en que los sujetos sociales se han relacionado con la escuela. Más tardíamente me he acercado a la literatura sobre la historia de mujeres. También la historiografía que se ha producido en las últimas décadas en la Argentina en el campo de la historia cultural e intelectual ha sido un gran estímulo para mis indagaciones. Allí encontré inspiración pero también una comunidad de diálogo.



3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Paso en general muchas horas leyendo y recopilando fuentes. Las registro en fotos y luego tomo notas de las fuentes. Copio textual

y compulsivamente trozos de los textos que me parece capturan lo más importante de cada documento. Anoto además referencias para poder volver a los originales. En general no resumo, copio en extenso. Es un gesto que insume mucho tiempo. A mi me resulta productivo. Las ideas de cómo ir zurciendo el contenido de esas fuentes en una interpretación empiezan a aparecer en ese ejercicio casi mecánico. Tengo la costumbre de hacer un cuadradito en cada página y ahí a medida que transcribo empiezo a garabatear ideas, croquis de cómo pensar lo que leo, hipótesis y pensamientos sueltos. Luego, cuando ya me dispongo a escribir, contar con ese material vuelve más

ágil y ordenado ese ejercicio. Converso también mucho con los empleados de archivos y bibliotecas, de ellos he recibido noticias de fuentes que no eran tan fácil encontrar. Todavía hoy (luego de dos décadas de mi primer contacto con el archivo) conservo intacto el entusiasmo por el rastreo de las fuentes. No sé si mido muy bien la proporción de esfuerzos: recopilo más fuentes de las que necesito, me entretengo en los vericuetos de los legajos y me cuesta sistematizar las miles de fotos que guardo. No sería un ejemplo a imitar. Al mismo tiempo que transcribo las fuentes leo literatura secundaria, teórica y/o histórica, a veces para guiarme, otras para

entender el contexto y también muchas para inspirarme. Busco en bases de datos lecturas que se ocupen del mismo tema en otros contextos nacionales. Trato siempre de compartir mi texto cuando es todavía un borrador. También procuro alguna instancia para discutirlo antes de enviarlo a ser publicado. En general, cuando es posible, dejo que el texto descansa un tiempo en la computadora para poder volver a revisarlo.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir un investigador de historia de la educación?

Diría que mi trabajo y mi agenda de investigación se inscriben en el campo de la historia intelectual y de la historia cultural en el modo impreciso pero hospitalario que la concibe Peter Burke. Podríamos definir la historia cultural – dice Burke en un libro cuyo título es *¿Qué es la historia cultural?* - como una modalidad de hacer historia que se define más por sus problemas, sus objetos, zonas de investigación y por sus preguntas que por un método particular.³ Lo que caracteriza a lo que a partir de los años 80 se llamó nueva historia cultural o también historia sociocultural es estudiar fenómenos culturales muy variados desde la lectura al deporte, la

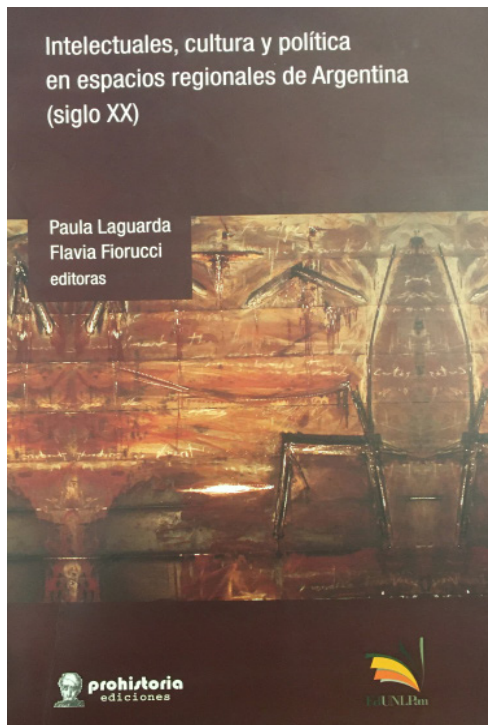
³ Peter Burke, *¿Qué es la historia cultural?*, (Buenos Aires, Paidós, 2006).

fiestas o los carnavales, hasta determinados objetos, costumbres o hábitos como el aseo, la vestimenta, los consumos con nuevas preguntas pero también con un nuevo archivo de documentos y fuentes más inclusivo.

La historia de la educación ha sido una preocupación más tardía en mi carrera. Claramente mi modo de encararla es deudora de mis primeras investigaciones. De la historia de la educación me interesan más las figuras

intelectuales, los debates, las representaciones, ciertas prácticas más que la historia de las políticas y/o de las instituciones educativas. Creo sin embargo que no importa qué aspecto individual de los mencionados abordemos se necesita siempre de un eje que lo zurza. En nuestro caso nacional, que es el que yo estudio, ese hilo está dado por la política estatal. La escuela en la Argentina fue ante todo el producto de una voluntad estatal por lo que no puedo desdeñar este aspecto en mis investigaciones.

No me dedico a la reflexión teórica sobre la disciplina histórica aunque sí tengo una visión de cómo debería practicarse nuestra profesión. Creo que un historiador de la educación debe contar con las mismas habilidades que cualquier historiador. No haría acá una distinción por el objeto que se indaga. Las técnicas, o las cualidades y habilidades, que todo historiador debe poseer han sido objeto de diversas elucubraciones. El bello texto de Marc Bloch *Apología para la historia o el oficio de historiador* aún sirve de croquis e inspiración para identificar las mejores prácticas y para imaginarse aquello que deberíamos



intentar en el ejercicio de nuestra profesión.

⁴ Personalmente distingo como cualidades necesarias para el ejercicio de nuestra profesión la creatividad, la perseverancia y la disciplina. En primer lugar creo que un historiador debe aspirar y trabajar para alimentar su creatividad. Marc Bloch fue categórico al respecto: los documentos solo hablan cuando uno sabe interrogarlos. Indagarlos requiere imaginación. Hoy además sabemos que las respuestas a muchas de nuestras preguntas aguardan en fuentes que no son las tradicionales. Para encontrarlas también se requiere imaginación. La imaginación

se puede alimentar leyendo, escuchando y observando qué se escribe más allá de nuestras acotadas áreas de investigación. Esta es una tarea que debe ocupar un lugar importante en la organización de nuestro trabajo. La perseverancia y la disciplina son necesarias para concebir proyectos de largo aliento. Quien haya escrito una tesis doctoral sabe muy bien de lo que hablo. En cuanto a las destrezas creo que una de las más importantes para un historiador es desarrollar una buena prosa; al menos procurar de cuidar la escritura tanto como el contenido. Sé que estas cualidades que observo como ideales chocan con las demandas propias de la pro-

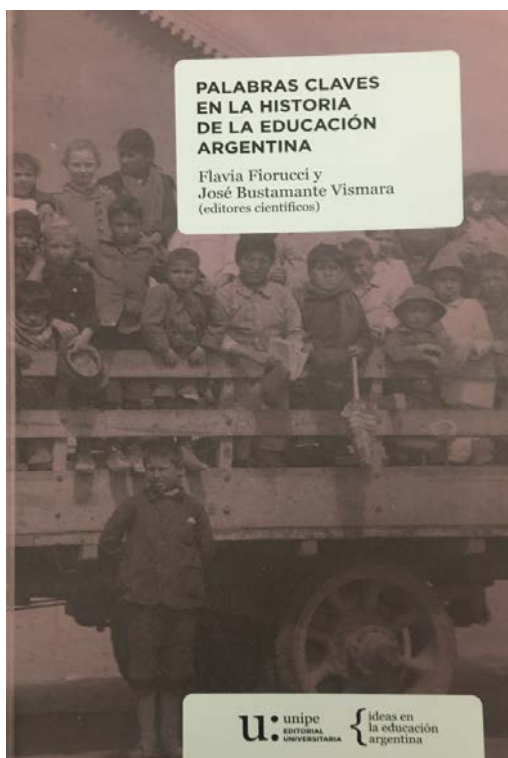
⁴ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, (Fondo de Cultura Económica, México, 1993).

fesionalización de la disciplina. *Publish or perish* dice el dicho en inglés. Encontrar un equilibrio entre estas aspiraciones y las reglas y demandas del campo es parte de los dilemas actuales de nuestro ejercicio profesional.

5.- ¿Cuáles fueron sus líneas de investigación a lo largo de su trayectoria? ¿Cuál es su línea de investigación actual y cómo imagina continuarla en el futuro?

Mis primeros trabajos estuvieron abocados a la historia de los intelectuales en la Argentina y con el tiempo me he concentrado en la historia cultural de la educación. ¿Qué entiendo por historia cultural de la educación? Mi intención es unir los temas más convencionales de la

historia de la educación, como por ejemplo la historia de las instituciones educativas, con nuevas preguntas y nuevos archivos que nos permiten entender cómo la escuela, su mundo material y simbólico, fue procesado por el resto de la sociedad. Yo incluyo a la historia intelectual como parte de la historia cultural, es decir que también me intereso por las ideas sobre educación que se fueron tejiendo a lo largo de los años, los debates intelectuales y las figuras que los han sostenido. Hace bastante tiempo que trabajo sobre el tema del normalismo y últimamente he intentado conectar el tema con interrogantes relacionados con la historia de la mujer en la Argentina. Me interesa entender cómo la escuela normal transformó los proyectos vitales de las mujeres en la Argentina.



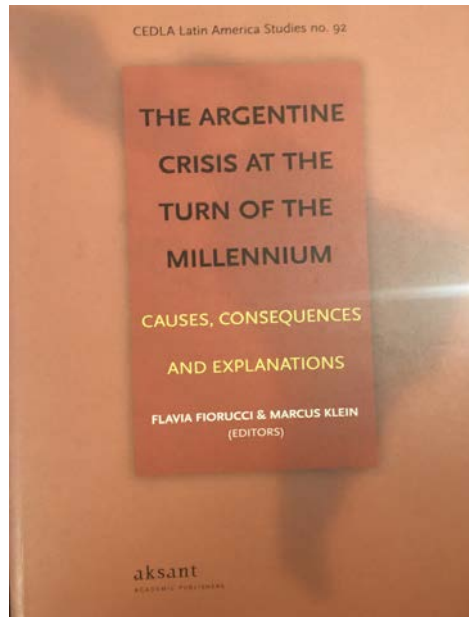
6.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de la educación? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

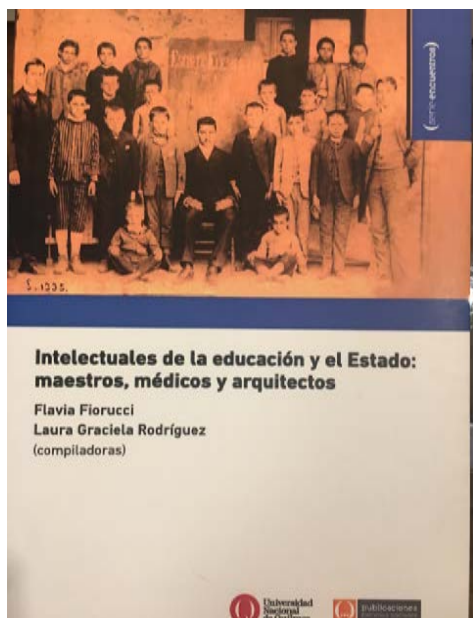
La historia de la educación como subdisciplina se ha beneficiado de la renovación historiográfica que se produjo desde los años sesenta en adelante en la práctica histórica, sobre todo a través de los giros que produjeron en el campo de la historia social y de la historia cultural, influidos en gran parte por la escuela de Annales y el marxismo británico. Como se sabe, a partir de esas transformaciones los historiadores en general y los de la educación en particular, se empezaron a interesar por otros temas; como la familia; la infancia; los procesos de alfabetización; la historia de las mujeres; de las enseñanzas profesionales y técnicas; de las poblaciones escolares y del contenido de las disciplinas a enseñar. En la Argentina la renovación de la práctica historiográfica histórica se aceleró a partir de la vuelta de la democracia en 1983. En el subcampo de la historia de la educación también se produjo una transformación (probablemente un poco más tardíamente) en los temas y en las metodologías de investigación. Claramente se ha avanzado mucho en incorporar una nueva agenda más allá del estudio de las políticas educativas y de un puñado de nombres importantes – temas y zonas que por mucho tiempo fueron predominantes en los estudios de historia de la educación local – para abordar un abanico de cuestio-

nes más complejas que tienen en cuenta el mundo material y simbólico que rodea a la educación, incorporando además el estudio de actores sociales que antes habían sido desdeñados. No ha habido sin embargo grandes debates, sino grupos que avanzan con sus agendas en proyectos que a veces se cruzan, pero muchas veces no. Por otro

lado, la renovación historiográfica no ha significado un diálogo entre los historiadores de la educación y el resto de la comunidad de historiadores. Esto se puede ver reflejado en las obras que se han producido para dar cuenta de las innovaciones que se dieron en el campo. Para dar un ejemplo podemos recurrir a la colección La Nueva Historia Argentina que, aparecida a principios del 2000, se propuso en diez volúmenes dar cuenta de lo nuevo en la historiografía nacional. La presentación de

la colección anunciaba que “partiendo de las nuevas formas del saber histórico [esta se proponía] explicar los procesos transitando los diferentes niveles de análisis – económico, social, político y cultural- y, a la vez mostrando las peculiaridades más salientes”. Ninguno de los 10 tomos de una obra que puede ser leída como una condensación (o un momento bisagra) en la renovación de la historiografía nacional dedicó un capítulo o una sesión extensa a la educación y/o a la escuela. Algunos de los estudios allí contenidos ofrecen datos dispersos referidos a la escolarización y/o el analfabetismo pero ninguno de ellos hizo de la educación pública su objeto de estudio. Esta falta de diálogo entre los historiadores





de la educación y el resto de la comunidad de historiadores se arrastra hasta nuestros días y creo es una tarea pendiente para quienes nos dedicamos a esos temas.

Flavia Fiorucci

Doctora en Historia por la Universidad de Londres, MA en Estudios Latinoamericanos de King's College Londres, Licenciada en Ciencias Políticas de la Universidad San Andrés. Investigadora independiente del CONICET, integrante del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes. Con publicaciones en revistas locales y extranjeras sobre la temática de los intelectuales y la cultura en Argentina y sobre la historia de la educación argentina. Entre sus publicaciones se puede mencionar *Intelectuales y Peronismo* (Editorial Biblos, 2011); *Flavia Fiorucci & Paula Laguarda, Intelectuales, Cultura y Política en Espacios Regionales. Argentina, Siglo XX*, (Rosario, Prohistoria, 2012) y *Flavia Fiorucci & José Bustamante Vismara (eds), Historia de la Educación Argentina: Palabras Claves*, (UNIFE, 2019).